

y en la misma página, analizando el libro *Hymnica* de Luis Antonio de Villena, escribe de manera elogiosa que «como un tratado sobre la belleza puede ser considerado el libro». ¿En qué quedamos? Ahora una duda: nuestro crítico califica a *Como a lugar extraño*, del mismo autor, de «libro a la vez cultista y plebeyo». El diccionario de la Academia (1970) dice lo siguiente de esta voz: «propio de la plebe o perteneciente a ella. Dícese de la persona que no es noble ni hidalga». Ignoro lo que habrá querido decir con ello García Martín, ¿o acaso considera plebeyo, a finales de este moderno siglo, al Cancionero, al lenguaje de la calle o a lo sórdido (presente en el mismo modernismo como puede verse en la antología de Pedro de la Peña, *El feísmo modernista?*). Es un pequeño misterio entre otros de esta *Historia*.

«Leopoldo María Panero, por sus circunstancias personales, que se traslucen continuamente en su obra, es un caso aparte dentro de los poetas contemporáneos». ¿Con «contemporáneos» querrá decir *novísimos*, nuevos novísimos, o se refiere realmente a contemporáneos? Si lo último, no debe de ignorar que hay más de uno con alta patología psíquica, como hay otros que son enfermos físicos. Y aunque se puede estudiar, y en algunos casos se ha hecho, la relación entre enfermedad y literatura, la verdad es que la enfermedad es, más que una excepción, una norma. No creo que lo considere «aparte» por sus apartamientos en psiquiátricos de los que ha hecho una curiosa y a veces lamentable literatura que, con un gusto poco crítico hacia el malditismo, algunos lectores califican de genial. No, ni la neurosis, ni beber ni vivir mucho producen buena literatura. Apartado y en cama estuvo casi toda su vida Vicente Aleixandre y siempre se lo estudia con el resto de la poesía de nuestra lengua encontrándole ecos e influencias de aquí y allá. ¿O tal vez piensa que su poesía es algo tan distinto que debería estudiarse en una addenda de esta obra? Tal vez, porque concluye con lo siguiente: su obra es «una de las más radicales aventuras estéticas contemporáneas». ¡Caramba! Los casos únicos o monstruosos son raros en arte. ¿Por qué la «aventura» de Panero (Leopoldo María) es más interesante que la de Andrés Sánchez Robayna que, siendo uno de nuestros mejores poetas, sale mal parado en este estudio? Si García Martín estudiara la poesía norteamericana ¿consideraría a Pound un caso «aparte»? Creo que se deja llevar por criterios

que no explica y que tal vez si lo hiciera su panorama acentuaría su subjetividad, pero sería, por otro lado, más interesante. La discusión vale la pena.

A lo largo de este texto se identifica hermetismo con frialdad. Esta consideración es general a los nuevos críticos pero no a todos los poetas: he asistido a la traducción entusiasmada de Luis Alberto de Cuenca de varios poemas «herméticos» de Nerval, por ejemplo. A una historiografía débil corresponde una poesía también débil, unos lectores debiluchos y unos críticos agradecidos. Un poeta hermético es el mencionado Gérard de Nerval: sus *Quimeras* han sido objeto de múltiples estudios, a veces inteligentes y luminosos, en ocasiones fatigosos, pero ¿es Nerval frío? ¿Lo fue Sor Juana, autora de *Primero sueño*, poema que por muchas razones puede considerarse también poema hermético? No lo creo. Nada identifica lo hermético o, por otro lado, lo experimental, con la frialdad; tampoco el pensamiento, a la reflexión o a las matemáticas: hay matemáticos que se encienden con ecuaciones; y desde finales del siglo XVIII hemos visto verdaderos incendios provocados por la razón. Lo cantó Apollinaire, «c'est le temps de la Raison ardente». Los poetas del veintisiete, «poetas doblados de críticos» la mayoría de ellos, fueron inteligentes y generosos al leer a los poetas barrocos: una tradición donde el pensamiento se alía a la imagen. Nuestros poetas actuales que más reivindicaban la experiencia y la sensibilidad, reniegan en silogísticos sonetos de todo aquello que huele a reflexivo: sólo se pliega la experiencia, parecen decirnos, y la experiencia no lo es del pensamiento y menos si ese lenguaje se vuelve sobre sí mismo. Claro que esto ya no es un comentario, como muchas otras cosas de las que he dicho, a García Martín, sino un estado bastante general que, por otro lado, no afecta a poetas jóvenes como Álvaro Valverde o al ya mencionado Sánchez Robayna, poetas distintos pero no ajenos a una alianza entre poesía y meditación, poesía como creación de un espacio.

Otro aspecto que no veo claro es la calificación de originalidad para muchos de los poetas últimos... La poesía de los nuevos poetas españoles no es original: su urbanismo estaba ya presente en la poesía española de los años veinte; el tono decadente, irónico, señorito y sórdido se encuentra, como bien declaran muchos de ellos, en Manuel Machado y luego en uno de los maestros de estos poetas, Jaime Gil de Biedma: un poeta inteligente,

muy leído y con resultados poéticos de interés, aunque a veces su prosaísmo acabe desvaneciendo al poema. Otra presencia: Borges; pero no el Borges metafísico sino el que uno puede emparentar con Manuel Machado, el poeta anecdótico, con una escritura elegante y adusta, sin florilegios, que se transmuta en las nuevas voces en un Borges decadente, sentimental. En ocasiones la influencia de Borges se une a la de Cirlot y al mismo Jaime Gil.

Pero no voy a hacer un repaso exhaustivo y tedioso de la manera que han sido considerado estos «nuevos nombres»; he señalado algún punto, pero mi interés era avisar sobre los criterios generales y sobre el espíritu que alimenta a una parte de los críticos y poetas más jóvenes: la prisa, el regionalismo poético, la capilla, y con ésta, la inercia a comulgar con ruedas de molino. Descreo de la llamada poesía de la experiencia o de una nueva sentimentalidad, aunque me gusten algunos poemas surgidos de la pluma de alguno de los defensores de estas frágiles poéticas. Creo en la experiencia de la poesía, experiencia a la que las vanguardias, desde el surrealismo a la poesía concreta, han otorgado una libertad de la que no podemos renegar sin negar nuestra parte más creativa. Descreo de la vanguardia académica, pero las lecciones de rigor, imaginación, rebeldía y libertad logrados en la primera mitad de nuestro siglo no pueden cambiarse por un elegante renacimiento, decadente y amable. Nadie que esté realmente vivo puede mantenerse en pie con tan exiguo alimento. Por otro lado, García debería explicar, en vez de condenar, qué piensa que son las literaturas de vanguardia y cuál su influencia en la literatura de nuestro siglo. Cuando en *La poesía expresionista* escribe lo que a continuación copio no significa que García Martín carezca de información sino de equilibrio en sus juicios o tal vez de falta de gusto literario: «Algunos poetas quieren ante todo librar a la lengua literaria, o a la lengua a secas, de la costra retórica que el uso va depositando sobre ella. A veces llegan más allá y destruyen el lenguaje mismo, o lo que es su esencia última, la inextricable unión entre un sonido y un sentido. Son los poetas llamados —con bastante imprecisión— de vanguardia, poetas que acaban dibujando letras, balbuceando incoherencias o inventando neologismos».

Letras dibujaron Apollinaire y Tablada, entre otros; en cuanto a los balbuceos incoherentes, he de recordarle a García Martín algunas cosas: en confortables sonetos, gramaticalmente coherentes y con una acentuación perfecta, puede haber balbuceo poético e incoherencia estética y hasta vital, así que esto no es prioritario de los movimientos de experimentación literaria. *The waste land*, *Trilce*, *Poemas humanos*, *Altazor*, *Poeta en Nueva York*, la primera *Residencia en la tierra*, *Cantos*, *Ladera este*, y varios libros más que cuentan ya entre los clásicos de nuestro siglo, son incomprensibles sin los grandes movimientos estéticos, morales y filosóficos llamados «vanguardias»; pero quizá García Martín quiera explicarnos esa literatura desde las ideas estéticas de Menéndez y Pelayo. Lo mismo puede decirse de la pintura y de la escultura. Yo imagino al crítico ovetense en el siglo XVII condenando a Calderón, Góngora y hasta al Cervantes de *El Quijote*.

Estas rotundidades de García Martín no niegan, sin embargo, gestos inteligentes en *La poesía figurativa*, observaciones equilibradas al enjuiciar a Jenaro Taléns, Guillermo Carnero, Siles, Richmann y otros. Infravalora a Valverde injustificadamente: es uno de los mejores poetas ahí comentados; exalta ditirámbicamente a otros... Es su gusto. A Andrés Sánchez Robayna ni se lo menciona. Es cierto que no es un poeta figurativo en sentido estricto, ni falta que le hace (tampoco lo es siempre Valverde ni otros, pero dejemos ese marbete, por lo demás nada inocente). Es, con seguridad, un poeta mientras que muchos de los comentados no pasan de ser más que «figuras» de un paisaje que se desvanece. No olvido el subtítulo del libro: *Crónica parcial*. Lo es, y, dentro de su parcialidad, inexacta y críticamente débil. Pero tiene el valor de ser valiente y de tratar de dibujar un tipo de poesía, explicando, de manera somera y endogámica, sus contenidos. No es un libro a ignorar: merece ser comentado y discutido.

**Juan Malpartida**

# El peronismo según Sebrelí\*

**H**ace casi cincuenta años, la Argentina experimentaba un corte irreversible en su vida política. Era el comienzo de la política de masas. En este contexto, surgía el peronismo, movimiento que signaría la política argentina en adelante, sea por ser gobierno (46-55; 73-76 y actualmente desde 1989), sea por estar proscrito (55-73, aunque con brevísimas interrupciones) o en la oposición (83-89).

Hace casi diez años, en octubre de 1983, el peronismo perdía por primera vez unas elecciones, las que marcaban el retorno a la democracia luego de la violenta dictadura militar.

En ese contexto de 1983, caracterizado por el temor a que la vuelta del peronismo al poder frustrara la viabilidad de la democracia argentina, se podría inscribir la aparición de *Los deseos imaginarios del peronismo*, de Juan José Sebrelí. Y también, claro está, su éxito editorial. Hoy, diez años después, y con un peronismo que ha experimentado no pocos cambios, el libro es reeditado. Sebrelí consigna su opinión sobre el peronismo actual en el prólogo a la edición de 1992.

Su condición de populismo regresivo y autoritario, pero con base social predominantemente obrera, fue lo que hizo del peronismo el centro de gravedad de la política argentina de estos últimos cincuenta años. ¿Cómo las masas apoyaron (y apoyan) un movimiento político de estas características, manteniéndose fieles a esa identidad más allá de las peripecias continuas de la política

argentina? Estos interrogantes fueron y son el centro de una polémica política y teórica que aún hoy continúa.

Dos principales corrientes sociológicas de interpretación han estudiado el peronismo. Una es la perspectiva de Gino Germani (*Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962) y otra, la del trabajo conjunto de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero (*Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1969). Veamos cómo se inserta el trabajo de Sebrelí en este contexto.

Germani descarta la asimilación peronismo-fascismo en razón de la base social de uno y otro. Mientras el fascismo se apoya en la burguesía y en la pequeña burguesía, y se le opone el proletariado industrial, el peronismo —a la inversa— se apoya en las clases trabajadoras urbanas y rurales y se le opone la clase media. Para Germani, lo que explica el surgimiento del peronismo es el rápido proceso de industrialización/urbanización producido en la Argentina de los años 30. Tal proceso genera una fractura en el seno del movimiento obrero entre la vieja clase trabajadora y la nueva, crecida al calor de la industrialización. Esta última carece de experiencia sindical y política, y hasta su situación psicosocial es peculiar: es parte de una masa migratoria del interior a la capital, sus reclamos son inmediatistas, está habituada al consumo de masas y a la pasividad laboral propia de su origen rural. Esta nueva clase obrera inexperta será la «masa disponible» para el peronismo. La adhesión cuasi incondicional a ese movimiento se explica en Germani a partir de rasgos subjetivos: la experiencia de conquista de derechos bajo el peronismo, al contrastar con la inmediata anterior de exclusión de la vida pública, generará la identidad peronista perdurable en las masas. Y esto aun cuando para Germani persiste una diferencia entre subjetividad y objetividad: en efecto, objetivamente el gobierno peronista no ha hecho nada, pues la estructura económico-social no ha variado en favor de los trabajadores.

El trabajo de Murmis y Portantiero discutirá las tesis de Germani. Fundamentalmente, el corte entre nueva y vieja clase trabajadora, como vía para negar que el apo-

\* *Los deseos imaginarios del peronismo*, de Juan José Sebrelí. Buenos Aires, Sudamericana, 1992. (Primera edición: Buenos Aires, Legasa, 1983).